

Intereses materiales,

Teatros, Salones, Toros, Caza, Regatas, Equitacion, Gimnasia, Esgrima.

TODO POR UN PERRO GRANDE.

Año I.

Sevilla, 29 de Noviembre de 1879.

Núm. 45.

SUSCRICION

PARA SOCORRER Á LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

	Reales.
Suma anterior.	284
TOTAL.	284

(Se continuará.)

En nombre de nuestro querido Director damos las gracias á los colegas de esta capital por el sentido pésame que, con motivo de la prematura muerte de su amada hija, le han dedicado en estos dias.

No cumpliríamos con un deber de gratitud si así no lo consignáramos.

Con el presente número regalamos á nuestros suscritores un ALMANAQUE ILUSTRADO, maravilla alabar-deresca, que prueba una vez más la predileccion que tenemos á nuestros abonados y el deseo que nos anima de recompensar su constancia.

¡Ya lo veis! Cuando más aprietan las tormentas de arriba y de abajo, del cielo y de la tierra, nosotros empuñamos la alabarda con más firmeza, sufrimos con paciencia las intemperancias de nuestros prójimos y regalamos un ALMANAQUE.

Se entiende que á nuestros favorecedores: al público tambien se regala, mas.... pagando diez perros chicos previamente.

Compren todos el gran ALMANAQUE
Que EL ALABARDERO acaba de dar,
Con caricaturas, berzas y versitos,
Eclipses y fases, lluvia y santoral.

Vale dos reales, cinco perros grandes,
Y tiene en sus páginas muchísima sal....
El que no lo crea que pague los perros,
Que esto es por de pronto lo que importa más.
(Música del Rosario de la Aurora.)

REFLEXIONES

Siempre he meditado que sería cosa acertada y prudente, cuando desde Madrid disparan los respectivos gobernadores contra las desdichadas provincias, que, ántes de salir para tomar posesion de su cargo, se les proveyese de un cuaderno que contuviera, en letras como el puño, y aún así no faltaria quien necesitase de asesor, aquellos ingeniosísimos, sabiondos y curiosísimos consejos, referentes al cuerpo y al alma, que dió el *Caballero de la Triste Figura* á su escudero Sancho ántes de que se partiera á tomar posesion del gobierno de la *Ínsula Barataria*.

Tambien he creido que no estaria de más añadir varios epítomes y compendios, aún de aquellas materias que de todos parecen sabidas, pues lo que todos saben, ignóralo á veces un jefe administrativo. Estas

son cuestiones de procedencias: no ha de pedirse al desabrado barbo, que vivē en el cieno de los rios, la escama nacarada de la inocente y juguetona pescadilla.

Yo he meditado mucho en esto de los gobernadores, y lo primero que se me ha ocurrido siempre es que podian suprimirse, asumiendo sus atribuciones las Diputaciones provinciales; pero, aparte de esta extravagancia, repito que he meditado, no ya en los de ahora, sino en los de los tiempos más remotos, comenzando por los sátrapas del lejano Oriente.

Y siempre, lo mismo en la Siria y la Persia que en la Grecia y Roma y en cuantas naciones han sido, he visto que si el gobierno legítimo apretaba en la capital del Estado como uno, los sátrapas, los pretores, los gobernadores apretaban en las provincias como mil y quinientos. ¿Tendré que traer á la memoria al miserable Verres, al estúpido Carrier ó al infame general Moreno?

Hoy, por ejemplo, como las facultades están limitadas á distintos usos, se revuelven contra la prensa; y conste, y hago la más grande salvedad que pueda hacerse, que ántes de molestar al vigilante más feo—y cuidado que la eleccion es difícil!—estoy dispuesto á borrar cuanto llevo escrito, que el hombre prudente ha de escarmentar en cabeza ajena y no ha de esperar á que le nazcan cuernos, porque encima suele ser apaleado.

Yo digo: en Madrid se publica *La Filoxera* que echa pestes y venablos contra los respetables señores ministros, y dice las atrocidades más estupendas contra todo bicho viviente: en Málaga se publica *La &*, que goza de igual libertad; cierto que es gobernador de aquella provincia el Sr. De Gabriel, persona de criterio tolerante, ilustrada, y atenta y cortés como ninguna: en Sevilla tambien estamos nadando en aguas de rosas: el criterio de nuestra autoridad es tolerantísimo, y su cortesía y distincion proverbiales; y si alguna vez ha tenido que adoptar medidas enérgicas, le han dado causa hombres peligrosísimos.

Pero por ahí, en otras provincias, sé yo que hay gobernadores que hablan por milagro, que usan el vocabulario ménos culto de la lengua castellana, y que, validos de la autoridad que representan, hacen cuanto se les antoja. ¡Pobre autoridad confiada á tan mezquinos meollos!

TREGUA

Debiera yo, procediendo con arreglo á los más rudimentarios principios de justicia, seguir esgrimiendo mi alabarda, sin consideracion alguna, contra todo lo que en estos benditos tiempos anda torcido; pero nobleza obliga, y cuando todo el mundo propaga la fausta noticia de indultos y amnistías, y, como si dijéramos, se inicia un periodo de misericordia y de perdon, no he de ser yo el que he de revolver las amargas hieles de la pasion, aunque me sobren para ello razon y causa.

Cuando desde arriba se dice «yo perdono,» desde abajo debe decirse «yo me callo.» Lo sensible será que una y otra resolución lleven la cualidad que suelen tener algunos sobreseimientos; es decir, lo lamentable será que arriba y abajo perdonen y callen por ahora.

Y verá usted cómo es así y cómo, cuando pasen algunos días, andan á cachetes lo que debe de ser con lo que es. En España no puede acontecer que las cosas sucedan de otro modo.

Dígale usted á cualquier ciudadano:—Conque, amigo, vida nueva; olvidemos lo pasado, seamos hermanos y pelillos á la mar. Aquello está perfecta y sólidamente arreglado; lo otro desaparecerá por inútil y costoso; lo de más allá sufrirá una trasformacion provechosa para el país y lo restante quedará á satisfaccion de todos. ¡Al Diabolo los tristes recuerdos de las pasadas desventuras! Viviremos holgada y económicamente; nuestros buques, al amparo de una legislacion previsora, no se pudrirán en los puertos ni se inutilizarán en la ociosidad; nuestras fronteras no serán infranqueables barreras para la importacion de productos extraños; todos los organismos del Estado funcionarán con una regularidad cronométrica, y lo útil, lo accesorio, lo grande, lo chico, todo, en particular, vendrá á ser factor de una suma que, desde hoy, podremos llamar «perfeccion absoluta» ó cosa por el estilo.

Además, toda cuenta atrasada, toda cuestion pendiente, todo agravio quedará en el más completo olvido.

—Caballero,—podrá decir el tal ciudadano,—todo eso está muy bien y mucho mejor si resulta ser un hecho práctico; pero la cuantía y variedad de los tributos, la forma empleada para su exaccion, la imperfeccion de las leyes, la falta de trabajo y de crédito, la carestía general, las tristes perspectivas del porvenir, la desmoralizacion, la usura, el triunfo de los hábiles, la preponderancia de los ménos y la forzada resignacion de los más me hacen sospechar que no es todo oro lo que reluce. En su consecuencia...

—¿Qué?—preguntará el caballero,—¿seguiremos lo mismo?

—Presumo que sí,—responderá el ciudadano.

—En ese caso, bandera negra y guerra á muerte.

—Es decir, irregularidades á docenas, ¿no es eso?

—¡Adios, hombre discolor!

—¡Adios, hombre.... aprovechado!

Por eso me he atrevido á asegurar que, aunque yo me calle, las cosas seguirán lo mismo. Las tales cosas pertenecen ya á la clase de las enfermedades incurables.

Otro, en corroboracion de este aserto, haria serias consideraciones sobre los presupuestos generales del Estado; se fijaria en los grandes sueldos de los funcionarios públicos, en el crecido número de éstos, en nuestro vicioso sistema tributario, en la organizacion de las grandes empresas industriales con ó sin subvencion oficial, en los gastos de representacion en las contratas, empréstitos y trasferencias de créditos, ó en cualquiera de esos particulares que suponen la inversion acertada de unos cuantos milloncesos desahogadamente facilitados por el trabajo y la produccion. Yo no necesito recurrir á tamaños extremos; mi critica económica halla sus conclusiones en más reducida esfera.

Y considero que costando 26 cuartos una hogaza de pan, 6 cuartos una libra de carbon, 22 cuartos una libra de aceite, 17 cuartos una libra de jabon, 56 cuartos una libra de carne y 34 cuartos diarios el domicilio reducido de la familia más modesta, amén de otros gastos que son precisos para la vida de la criatura más humilde, ni es posible resignarse ni dejar de pedir auxilio, como solemos hacerlo cuando corremos un gravísimo peligro.

Note usted que para discurrir de esta suerte no dejo de tener en cuenta que de vez en cuando se nos conceden regocijos públicos y otras alegrías ordenadas con el mejor deseo, que, hasta cierto punto, aplacan el mal humor y distraen las tristes imaginaciones. Aun con tales escarceos, hijos de la espontaneidad nacional, insisto en mis amargas aseveraciones.

Esto no quiere decir que esté yo desesperado, nó señor; ni que quiero entristecer á los que de otro modo aprecian las circunstancias. Léjos de mí tan poco humano propósito, y mucho ménos hoy que, como he dicho, debemos callar para corresponder á mayor beneficio, ó decir solamente aquello que más convenga á desvanecer nuestras pesadumbres ordinarias.

Estamos en el caso de congratularnos, como si viviéramos en el mejor de los mundos posibles; estamos obligados á desconocer todo otro sentimiento que no sea compatible con el buen humor y la alegría.

Apesar del hambre se recomienda la risa, que no degenera en carcajada.

A quien tenga el estómago vacío se le dispensará la mueca.

REVISTA

SAN FERNANDO

Estreno de *Lo que vale el talento*. Con un escaso público, que no hay poder humano que haga ser al público de San Fernando amante del arte verdadero, ni es fácil que levante otro que no sea Arderius su espíritu artístico, se verificó el estreno de la obra del Sr. Echevarría cuyo título figura más arriba.

Extraño parecerá que EL ALABARDERO se ponga algo serio cuando se trata del coliseo del Santo Rey, y no debiera parecerlo si se atiende á la ley de los contrastes. Ya que allí se toma todo en bufo, y se aprecian en más los cantos del burro de *La vuelta al mundo* que los conceptos de nuestros dramáticos, bien vale la pena que alguien tome la cosa á pechos y espaldas. Respecto á ciertos particulares, el coliseo suele tenerlos admirables.

Lo que vale el talento, como casi todas las obras que nos llegan de las riberas del río tísico, viene precedida de un bombo que ciertamente no merece. La originalidad del asunto es nula, la de los conceptos es todavía más negativa. Está escrita, sí, con suma facilidad y dialogada con gracia, pero no hay ni extremada delicadeza ni extremado ingenio.

El jóven de talento que parece ser el protagonista no da señales de ser otra cosa que un poeta lloron y un amante adocenado. El carácter del Conde es una bonita caricatura en los actos primero y segundo; pero se convierte en mamarracho, como la mayor parte de los personajes, en el acto tercero. Sólo uno de los caracteres está sostenido y resulta en caja: el Maestro de escuela, que tan magistralmente nos interpretó el Sr. Valero. La Condesa, el niño adulador y la amada de *Valentin* ni valen para nada ni interesan lo más mínimo: son *simplemente simples*.

Por lo demás, el pensamiento de finalidad de la obra está hueco por completo, en el caso de que el autor se proponga que el talento sirve para algo.

En efecto, el verdadero talento está aquí en la Divina Providencia, que hace rico al poeta cuando ménos lo esperaba, poniéndolo así á cubierto de la miseria y de las penalidades, para cuyos escollos su *talento* habia sido y era infecundo todavía.

Como cuadro social, sin pretensiones de altas enseñanzas y sólo con el objeto de hacer agradable el rato, la obra del señor Echevarría llena su objeto, y sería apreciablesima á tener un mejor tercer acto. Como obra trascendental y de pretensiones didácticas, esta comedia es una comedia que, aunque cortada en el patron del Sr. Rubí, se queda muy por debajo de *El gran filon* y de *El arte de hacer fortuna*.

Respecto á la ejecucion, no podemos ménos de consignar que ha sido brillante y esmerada. El Sr. Valero en su papel de Maestro de escuela estuvo inspiradísimo y tuvo muy originales detalles, alcanzando buena copia de aplausos. Estamos seguros de que el Sr. Echevarría no habrá pensado un tipo tan perfecto. El Sr. Catalina estuvo valiente y acertado, apesar de lo embolado del papel; y la Sra. Cairon y Srta. Mosso y Valero estuvieron muy bien, puesto que en realidad nada habia que sentir ni que lloriquear. El Conde y el galancito jóven tambien llenaron su cometido perfectamente; siendo, en resúmen, un verdadero acontecimiento teatral en este sentido.

CERVANTES

Dos suspensiones á causa del mal tiempo, como en las corridas de toros, la degollacion de *El campanero de San Pablo*, la parodia de *La abadía de Castro* y la repeticion de *La aldea de San Lorenzo* han sido las novedades ocurridas en el coliseo dedicado al autor del *Ingenioso Hidalgo*.

No recordamos haber pasado ratos más divertidos que los que proporciona la *farándula* que actúa en dicho coliseo con la representacion de *El campanero* y *La abadía*, pues han tenido la pasmosa habilidad de convertirlas en obras del género cómico más chocarrero.

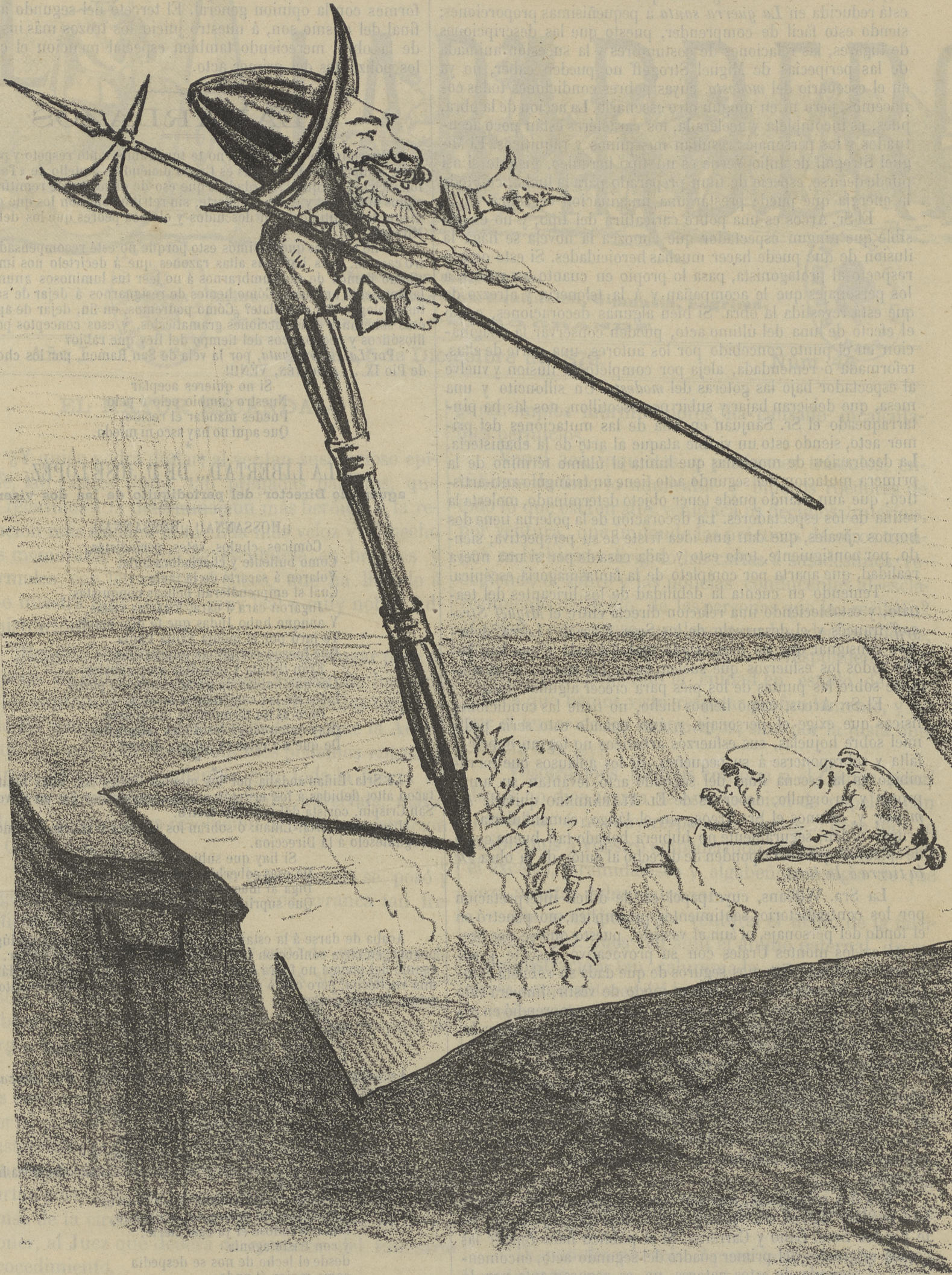
Allí hemos visto, en *El campanero*, volteretas por la escena, acompañamiento de mesas como para un *zapateao*, reyes de *guardaropía*, médicos haciendo *Pancho y Mendrugo*, caballeros que no han encontrado nada en las bambalinas, y todo esto acompañado de un anciano venerable y una dama que declama para su familia; pero lo grande, lo maravilloso, lo piramidal ha sido *La abadía de Castro*, donde se exhibieron dos *Leones* que causaron el entusiasmo del público: uno de ellos estaba constipado á causa del estado atmosférico; pero, apesar de esto, desafió á su compañero y á toda su familia: el otro hizo tantas habilidades en el cuarto acto, que el auditorio, el futuro concejal Sr. Matute y su *mesnada*, le colmaron de bravos y aplausos, sintiendo mucho no trabajase en toda la obra.

Se dice que el empresario trata de llevar esta compañía á otro teatro y traernos un nuevo espectáculo; nos alegramos por nosotros y lo sentimos por el público donde caiga esa plaga.

EL DUQUE

Como ofrecimos á nuestros suscritores, admirados no sabiendo adónde encumbrar la empresa titánica de la Empresa *modesta*, todavía bajo la presion de los telones del Sr. Sanjuan y de las heroicidades del Sr. Arcos, tomamos la pluma para decir algunas palabras de la flamante zarzuela escrita por los Sres. Escrich y Larra y Julio Verne, adornada con algunas inspiradas notas del Sr. Arrieta.

Se ha dicho que ha habido gran empeño, por parte de la Empresa del Duque, en conseguir de los autores, excepto Julio Verne, el permiso para ejecutar la obra en el *modesto* teatrillo, lo cual se ha conseguido mediante un buen sacrificio pecuniario. Triste sería que no consiguieran su objeto, que es sin duda el de salvar la temporada, y en este sentido no queremos contribuir



¿Se puede?

al desencanto público; pero como algunas verdades hay que decir, comenzaremos consignando que la novela de Julio Verne está reducida en *La guerra santa* á pequeñísimas proporciones; siendo esto fácil de comprender, puesto que las descripciones de lugares, las relaciones de costumbres y la sucesión animada de las peripecias de Miguel Strogoff no pueden caber, no ya en el escenario del *modesto*, cuyas pobres condiciones todos conocemos, pero ni en ningún otro escenario. La acción de la obra, pues, es incompleta y acelerada, los caracteres están poco acentuados y los personajes resultan mezquinos y raquíticos. El Miguel Strogoff de Julio Verne es un tipo hercúleo, gigante si así puede decirse, especie de titan preparado para la lucha, con toda la energía que puede prestar una imaginación creadora.

El Sr. Arcos es una pobre caricatura del tipo, y no es posible que ningún espectador que conozca la novela se haga la ilusión de que puede hacer muchas heroicidades. Si esto ocurre respecto al protagonista, pasa lo propio en cuanto se refiere á los personajes que le acompañan y á la telonería y atrezzo de que está revestida la obra. Si bien algunas decoraciones, como el efecto de luna del último acto, pueden conservar la imaginación en el punto concebido por los autores, una parte de ellas, reformada ó remendada, aleja por completo la ilusión y vuelve al espectador bajo las goteras del *modesto*. Un silloncito y una mesa, que debieran bajar y subir por escotillon, nos las ha pintarraqueado el Sr. Sanjuan en una de las mutaciones del primer acto, siendo esto un visible ataque al arte de la ebanistería. La decoración de montañas que limita el último término de la primera mutación del segundo acto tiene un triángulo anti-artístico, que aún cuando puede tener objeto determinado, molesta la retina de los espectadores. La decoración de la poterna tiene dos hornos ojivales, que dan una idea triste de su perspectiva; siendo, por consiguiente, todo esto y cada cosa de por sí una nueva realidad, que aparta por completo de la fantasmagoría escénica.

Teniendo en cuenta la debilidad de los lyricantes del teatro, y estableciendo una relación directa entre el Miguel Strogoff francés y el desarreglo de los Sres. Escrich y Larra, debemos consignar que no han estado mal del todo y que han hecho todos los esfuerzos que suelen hacer los enanos empuñándose sobre las puntas de los pies para crecer algunas líneas.

El Sr. Arcos, como hemos dicho, no tiene las condiciones físicas que exige el personaje, y aún cuando esto sería pedir miel sobre hojuelas, sus esfuerzos artísticos no logran cubrir la falta y sobreponerse á su pequeñez. Si los aplausos que ha recibido en la escena final del segundo acto levantan su amor propio y su orgullo, deber es de EL ALABARDERO quitarle *los moños*; y, créanos el Sr. Arcos, sin el látigo, camandulería de primer orden, seguramente no hubiera hallado tan buena copia de aplausos, que corresponden de derecho al autor de la obra *De la tierra á la luna*.

La Sra. Willians, cuyo papel es de difícil interpretación por los contradictorios sentimientos que implica, no penetró en el fondo del personaje, ni aún al vestirlo, puesto que se nos presentó en los montes Urales con su provocativo descote y sus brazos desnudos. Estamos seguros de que dada su robusta complexión, y llevado á la realidad su modo de vestir, hubiera sido víctima de una pulmonía fulminante. Esto lo comprendió en algún modo inconscientemente, puesto que al encontrarse en Irkutsk, población cerrada donde era más fácil resguardarse, se nos presentó con vestido forrado de pieles.

La Srta. Liñan llenó su hueco en su papel simpático de *María*, y no descompuso el cuadro. No así el Sr. Rivas, que sin aprovechar un solo momento de los que el autor le había destinado, duplicó la antipatía natural de su representación con sus escasos alcances, hablándonos á veces en verdadero ruso incomprendible.

Los dos periodistas, que son tipos deliciosos, aún cuando han perdido algo en el arreglo, fueron interpretados pésimamente por los Sres. Cano y Carreras. Si el público hace repetir las coplas originales del primer cuadro del segundo acto, encomendadas al segundo de estos actores, no es seguramente por la buena ejecución, sino por la curiosidad natural que despierta en el público este género de canturreo. Del Czar y el General sólo diremos que ni uno ni otro merecían la alta dignidad que temporalmente les conceden los autores: el uno era un Don Cualquiera y el otro no pasaba de soldado raso; con esto está dicho todo.

No terminaremos sin consignar que el baile dado en el palacio del Czar de Rusia nos pareció altamente ridículo, y aún lno perderíamos nada en asegurar que dicha fiesta contribuyó á a insurrección de la Siberia. Recordamos que sólo había dos caballeros de frac, y que el resto de la concurrencia era una con-

currencia cuartelera, hecha la correspondiente salvedad de sexo.

Réstanos hablar de la parte lírica, y en esto estamos conformes con la opinión general. El terceto del segundo acto y el final del mismo son, á nuestro juicio, los trozos más inspirados de la obra, mereciendo también especial mención el coro de los polizontes del primer acto.

ALABARDAZOS

Queridísimo *Porvenir*: Si no te tuviéramos tanto respeto y predilección, armáramos la de Dios es Cristo diciéndote aquello de «Tate, tate, folloncico;» porque la verdad es que eso de olvidarte de remitirnos tus cultos números, y eso de quedarte, sin retribución, con los que galantemente te remitimos, son descuidos y olvidos peores que los del Doctor Mirabel.

Y no te creas que decimos esto porque no esté recompensado nuestro cambio, pues hay más altas razones que á decírtelo nos impulsan. ¿Cómo hemos de acostumbrarnos á no leer tus luminosos anuncios de la Revalenta arábiga? ¿Cómo hemos de resignarnos á dejar de saborear tus apologías del chocolate? ¿Cómo podremos, en fin, dejar de aprender esas soberanas construcciones gramaticales, y esos conceptos políticos, filosóficos y económicos del tiempo del Rey que rabió?

Por *La guerra santa*, por la vela de San Ramon, por los chocolates de Pio IX... ¡vén, vén, VÉN!!!

Si no quieres aceptar
Nuestro cambio pelo á pelo
Puedes mandar el recibo,
Que aquí no hay asco ni miedo.

A LA LIBERTAD... DE D. JOSÉ LOPEZ,
aguerrido Director del periodiquito de las dos viseras.

¡¡HOSSANNA!! ¡¡HOSSANNA!!

Cómicos, chulos, vates, periodistas,
Como bullente y charladora aula,
Volaron á sacarte de la jaula
Cual si emprendieran bélicas conquistas.
Jugaron cara á cara, á cartas vistas,
Y aunque hubo Júdas que te dijo maula,
Te juro por la monja Santa Paula
Que fueron peripecias imprevistas.
Eran treinta y seis días muy cabales
Los que habías de pasar chupando puros
Léjos de las camándulas locales;
Pero al fin terminaron tus apuros.
¿Hay quien tenga las dudas criminales
De que no vales tú setenta duros?

La Srta. Liñan andaba por los montes Urales con unas botitas de tacon alto, debidas á los erupios artístico-zapateriles de un devoto de San Crispin, corista del referido teatro.

La verdad, Srta. Liñan: ó sobran los tacones ó sobran los montes. Pregúnteselo á la Direccion.

Si hay que subir los declives
De esas soberbias montañas,
Diga al maestro otra vez
Que suprima algunas tapas.

Acaba de darse á la estampa y á los amigos del autor un lúgubre poema, en cuya confección ha entrado sólo el sentido particular. Si el asunto del poema no fuera santo y digno, tendríamos para rato dándole una vueltecita; pero como nos sería doloroso, allá van unos cuantos botones. Dice el poeta:

«Toda la casa es luto, luto toda;
el silencio reinando más profundo,
y en patio y escalera se acomodan
largos cirios de vértigo fecundo....»

Á poco que se repare se comprende que el vértigo ó la *punzada* la tiene el autor. Otro trocito:

«Entónces yo, con mi interior partido,
á su lecho llegué donde yacia
¡sin vida ya mi padre más querido!
y por más que le hablé no respondia.»

Era muy natural que no respondiese. EL ALABARDERO hubiera hecho otro tanto. Vaya la espuela:

«La hora aproximóse de su muerte
sintiéndose un dolor en sumo agudo,
aún mirándose él ya casi inerte:
y con triste agonía
desde el lecho de nos se despedia
como mejor él pudo;
sed obedientes á vuestra madre, dijo,
con la pena tan grande que tenia,
y con su rostro fijo
en todos los que allí él contemplaba,
con vista carcomida
que echaba su postrera despedida....»

Y *velay* cómo á poco que se profundice en todas las sublimes creaciones, se encuentra el por qué de las cosas. Estamos seguros de que la mamá del poeta no habrá dado su beneplácito á la publicación de estas bellezas elegiacas, razón por la cual la inspiración y el sentido común han dado al poeta con un canto en las narices en justo castigo de su desobediencia.